

Harrison Bergeron

Por Kurt Vonnegut

EL AÑO ERA 2081, y todos eran, por fin, iguales. No sólo eran iguales ante Dios y la ley. Eran iguales en todos los sentidos. Nadie era más inteligente que los demás. Nadie era más guapo que los demás. Nadie era más fuerte ni más rápido que los demás. Toda esta igualdad se debió a las Enmiendas 211, 212 y 213 de la Constitución, y a la incesante vigilancia de los agentes de la Discapacitadora General de los Estados Unidos.

Sin embargo, algunas cosas de la vida aún no estaban del todo bien. El mes de abril, por ejemplo, seguía volviendo loca a la gente por no ser primavera. Y fue en ese húmedo mes cuando los hombres de D-G se llevaron al hijo de catorce años de George y Hazel Bergeron, Harrison.

Fue trágico, sin duda, pero George y Hazel no podían pensar mucho en ello. Hazel tenía una inteligencia media, lo que significaba que no podía pensar en nada salvo en breves ráfagas. Y George, aunque su inteligencia estaba muy por encima de lo normal, tenía una pequeña radio de discapacidad mental en la oreja. La ley lo obligaba a llevarla en todo momento. Estaba sintonizado con un transmisor del gobierno. Cada veinte segundos más o menos, el transmisor enviaba un ruido agudo para evitar que gente como George se aprovechara injustamente de su cerebro.

George y Hazel estaban viendo la televisión. Había lágrimas en las mejillas de Hazel, pero había olvidado por el momento a qué se debían.

En la pantalla de televisión había bailarinas.

Un timbre sonó en la cabeza de George. Sus pensamientos huyeron despavoridos, como bandidos ante una alarma antirrobo. "Ese baile que acaban de hacer fue muy bonito", dijo Hazel.

"¿Eh?", dijo George.

"Ese baile... fue bonito", dijo Hazel.

"Sí", dijo George. Intentó pensar un poco en las bailarinas. En realidad no eran muy buenas, no

mejor de lo que hubiera sido cualquier otro, de todos modos. Iban cargadas con contrapesos y bolsas de perdigones, y sus rostros estaban enmascarados, para que nadie, al ver un gesto libre y agraciado o una cara bonita, se sintiera desaliñado. George jugaba con la vaga idea de que tal vez las bailarinas no deberían ser discapacitadas. Pero no llegó muy lejos con ello antes de que otro ruido en la radio de su oreja dispersara sus pensamientos.

George hizo un gesto de dolor. También lo hicieron dos de las ocho bailarinas.

Hazel lo vio hacer el gesto de dolor. Al no tener ninguna discapacidad mental, tuvo que preguntarle a George cuál había sido el último sonido.

"Sonaba como si alguien golpeará una botella de leche con un martillo de bola", dijo George.

"Creo que sería muy interesante escuchar todos los sonidos diferentes", dijo Hazel, un poco envidiosa. "Todas las cosas que se les ocurren».

"Um", dijo George.

"Sólo que, si yo fuera la Discapacitadora General, ¿sabes lo que haría?", dijo Hazel. Hazel, de hecho, tenía un gran parecido con la Discapacitadora General, una mujer llamada Diana Moon Glampers. "Si yo fuera Diana Moon Glampers", dijo Hazel, "tendría campanadas los domingos, sólo campanadas. Como en honor a la religión».

"Podría pensar, si sólo fueran campanadas", dijo George.

«Bueno, tal vez podrían sonar muy fuerte", dijo Hazel. "Creo que yo sería una buena

Discapacitadora General". "Tan bueno como cualquier otra", dijo George.

"¿Quién sabe mejor que yo lo que es normal?", dijo Hazel.

"Tienes razón", dijo George. Empezó a pensar en su hijo anormal que ahora estaba en la cárcel, en Harrison, pero una salva de veintiún cañonazos en su cabeza lo impidió.

«¡Vaya!", dijo Hazel, "eso fue una locura, ¿no?"

Fue tal locura que George se quedó pálido y tembloroso y con lágrimas se asomando de sus ojos rojos. Dos de las ocho bailarinas se habían desplomado en el suelo del estudio y se sujetaban las sienes.

"De repente pareces muy cansado", dijo Hazel. "Por qué no te recuestas en el sofá, para que puedas apoyar tu bolsa de discapacidad en la almohada, cariño" Se refería a la bolsa de lona con

cuarenta y siete libras de perdigones que estaba cerrada con candado alrededor del cuello de George. "Ve y apoya la bolsa un rato", dijo. "No me importa si no eres igual a mí por un rato".

George sopesó la bolsa con las manos. "No me molesta", dijo. "Ya no la noto. Es sólo una parte de mí.

"Has estado muy cansado últimamente, como agotado", dijo Hazel. "Si hubiera alguna forma de hacer un pequeño agujero en el fondo de la bolsa y sacar unas cuantas bolas de plomo. Sólo unas pocas».

"Dos años de cárcel y dos mil dólares de multa por cada bola que saque", dijo George. "No lo llamaría una ganga».

"Si pudieras sacar unas cuantas cuando volvieras del trabajo", dijo Hazel. "Quiero decir, aquí no compites con nadie. Sólo andas por aquí».

"Si yo intentara salirme con la mía", dijo George, "entonces otros se saldrían con la suya y muy pronto volveríamos a la época oscura, con todos compitiendo contra todos. No te gustaría eso, ¿verdad?"

"Lo odiaría", dijo Hazel.

"Ahí está", dijo George. "En el momento en que la gente empieza a incumplir las leyes, ¿qué crees que le pasa a la sociedad?"

Si Hazel no hubiera sido capaz de dar una respuesta a esta pregunta, George no habría podido proporcionarla. Una sirena sonaba en su cabeza.

"Creo que todo se desmoronaría", dijo Hazel.

"¿Qué cosa?", dijo George sin comprender.

"La sociedad", dijo Hazel, insegura. "¿No fue eso lo que acabas de decir?"

"¿Quién sabe?", dijo George.

El programa de televisión se interrumpió repentinamente para emitir un boletín de noticias. Al principio no estaba claro de qué trataba el boletín, ya que el locutor, como todos los locutores, tenía un grave impedimento para hablar. Durante medio minuto, y en un estado de gran excitación, el locutor trató de decir: "Señoras y señores... "

Finalmente se rindió y entregó el anuncio a una bailarina para que lo leyera.

"Está bien", dijo Hazel sobre el locutor, "lo intentó. Eso es lo más importante. Trató de hacer lo mejor que pudo con lo que Dios le dio. Debería recibir un buen aumento por esforzarse tanto».

"Señoras y señores", dijo la bailarina, leyendo el anuncio. Debía ser extraordinariamente bella, porque la máscara que llevaba era horrible. Y era fácil ver que era la más fuerte y grácil de todas las bailarinas, pues sus bolsas de discapacidad eran tan grandes como las que llevaban hombres de doscientas libras.

Y tuvo que disculparse de inmediato por su voz, que era una voz muy injusta para una mujer. Su voz era una melodía cálida, luminosa y atemporal. «Disculpen...", dijo, y comenzó de nuevo, haciendo que su voz fuera absolutamente poco competitiva.

"Harrison Bergeron, de catorce años", dijo con un graznido, "acaba de escaparse de la cárcel, donde estaba detenido por ser sospechoso de conspirar para derrocar al gobierno. Es un genio y un atleta, está infradiscapacitado y debe ser considerado como extremadamente peligroso"

Una fotografía policial de Harrison Bergeron apareció en la pantalla: al revés, luego de lado, de nuevo al revés y luego al derecho. La imagen mostraba a Harrison de cuerpo entero sobre un fondo calibrado en pies y pulgadas. Medía exactamente siete pies.

El resto de la aparición de Harrison fue una mezcla de Halloween y una ferretería. Nunca nadie había llevado discapacitantes más pesados. Había superado los obstáculos más rápido de lo que los hombres de la Discapacitadora General podían inventarlos. En lugar de una pequeña radio en la oreja para discapacidad mental, llevaba un tremendo par de auriculares, y unas gafas con gruesos cristales ondulados. Las gafas estaban destinadas a dejarle no sólo medio ciego, sino también a provocarle fuertes dolores de cabeza.

Le colgaba chatarra por todas partes. Normalmente, había una cierta simetría, una pulcritud militar en los discapacitantes para las personas fuertes, pero Harrison parecía una chatarrería andante. En la carrera de la vida, Harrison cargaba con trescientas libras.

Y para contrarrestar su buen aspecto, los hombres de la Discapacitadora General le exigían que llevara en todo momento una bola de goma roja como nariz, que mantuviera las cejas afeitadas y que cubriera sus dientes blancos y parejos con fundas negras al azar para simular dientes desparejos.

"Si ven a este chico", dijo la bailarina, "no -repito, no- intenten razonar con él".

Se oyó el chillido de una puerta arrancada de las bisagras.

Del estudio de televisión llegaron gritos y aullidos de consternación. La fotografía de Harrison Bergeron en la pantalla saltaba una y otra vez, como si bailara al son de un terremoto.

George Bergeron identificó correctamente el terremoto, y no le costó, ya que muchas veces su propia casa había bailado la misma melodía estrepitosa. "Dios mío", dijo George, "¡ese debe ser Harrison!".

El sonido de un choque de automóviles en su cabeza le hizo olvidar esta idea al instante.

Cuando George pudo volver a abrir los ojos, la fotografía de Harrison había desaparecido. Un Harrison vivo, respirando, llenaba la pantalla.

Con su traqueteo, su aspecto de payaso y su enorme tamaño, Harrison se situó en el centro del estudio. En la mano todavía tenía el pomo de la puerta arrancada del estudio. Bailarinas, técnicos, músicos y locutores se encogían de rodillas ante él, esperando morir.

"¡Soy el Emperador!", gritó Harrison. "¿Oyen? ¡Soy el Emperador! ¡Todo el mundo debe hacer lo que digo de inmediato!". Dio una patada en el piso y el estudio se estremeció.

"Incluso mientras estoy aquí", gritó, "lisiado, cojo, enfermo, ¡soy un gobernante más grande que cualquier hombre que haya vivido! ¡Ahora vean cómo me convierto en lo que *puedo* llegar a ser!".

Harrison rompió las correas de su arnés de discapacidad como si fuera papel de seda mojado, las correas que podían soportar cinco mil libras.

La chatarra discapacitante de Harrison se estrelló contra el piso.

Harrison metió los pulgares bajo la barra del candado que aseguraba su arnés para la cabeza. La barra se partió como un apio. Harrison estrelló sus auriculares y gafas contra la pared.

Arrojó su nariz de goma y reveló a un hombre que habría intimidado a Thor, el dios del trueno.

"¡Ahora elegiré a mi emperatriz!", dijo, mirando a la gente acobardada. "¡Que la primera mujer que se atreva a ponerse en pie reclame a su pareja y su trono!".

Pasó un momento, y entonces se levantó una bailarina, balanceándose como un sauce.

Harrison le sacó el discapacitante mental de la oreja, le arrancó sus discapacitantes físicos con una delicadeza maravillosa. Por último, le quitó la máscara.

Era de una belleza cegadora.

"Ahora", dijo Harrison, tomando su mano, "¿le mostramos a la gente el significado de la palabra danza? ¡Música!", ordenó.

Los músicos volvieron a sus sillas y Harrison también les quitó sus discapacitantes. "Toquen lo mejor posible", les dijo, "y los haré barones, duques y condes".

La música comenzó. Al principio era normal: burdo, tonto, falso. Pero Harrison tomó a dos músicos de sus sillas y los agitó como si fueran batutas mientras cantaba la música como él quería que se tocara. Los volvió a sentar de golpe en sus sillas.

La música comenzó de nuevo y mejoró mucho.

Harrison y su Emperatriz se limitaron a escuchar la música durante un rato, escuchando solemnemente, como si sincronizaran los latidos de sus corazones con ella.

Pasaron sus pesos a los dedos de los pies.

Harrison colocó sus manos grandes en la pequeña cintura de la chica, haciéndole sentir la ingravidez que pronto sería suya.

Y entonces, en una explosión de alegría y gracia, ¡se lanzaron al aire!

No sólo se abandonaron las leyes de la tierra, sino también la ley de la gravedad y las

leyes del movimiento. Se balanceaban, daban vueltas, giraban, se movían y saltaban.

Brincaban como ciervos en la luna.

El techo del estudio tenía treinta pies de altura, pero cada salto acercaba a los bailarines a él. Era obvio que su intención era besar el techo.

Lo besaron.

Y entonces, neutralizando la gravedad con amor y pura voluntad, quedaron suspendidos en el aire a pulgadas del techo, y se besaron durante mucho, mucho tiempo.

Fue entonces cuando Diana Moon Glampers, la Discapacitadora General, entró en el estudio con una escopeta de dos cañones del calibre diez. Disparó dos veces, y el Emperador y la Emperatriz

murieron antes de caer al suelo.

Diana Moon Glampers cargó el arma de nuevo. Apuntó a los músicos y les dijo que tenían diez segundos para volver a ponerse los discapacitantes.

Fue entonces cuando el tubo del televisor de los Bergerons se quemó.

Hazel se volvió para comentar el apagón con George.

Pero George había salido a la cocina por una lata de cerveza.

George volvió a entrar con la cerveza e hizo una pausa mientras una señal discapacitante lo sacudía. Y luego se sentó de nuevo. "¿Has estado llorando?", le dijo a Hazel.

"Sí", dijo ella,

"¿Por qué?", dijo.

"Me olvido", dijo ella. "Algo muy triste en la televisión".

"¿Qué era?", dijo.

"Todo está mezclado en mi mente", dijo Hazel.

"Olvídate de las cosas tristes", dijo George.

"Siempre lo hago", dijo Hazel.

"Esa es mi chica", dijo George. Hizo una mueca de dolor. En su cabeza sonaba

una pistola de remaches. "Uy, eso fue una locura", dijo Hazel.

"Puedes repetirlo", dijo George.

"Uy", dijo Hazel, "podría